

EL MUNDO VISTO DESDE LO ALTO DEL TEIDE: ALEXANDER VON HUMBOLDT EN TENERIFE

Marie-Noëlle Bourguet

Université Paris 7-Denis Diderot/Centre Alexandre Koyré

El 14 de septiembre de 1806, siete años después de su ascensión al Teide, mientras se ocupa en Berlín de poner sus notas en orden para publicar los resultados de su expedición americana, A. von Humboldt escribe a su antiguo compañero de viaje, el botánico Aimé Bonpland:

Tengo dudas sobre la salida del sol en el pico. Lo calculo. Escríbeme si recuerdas: 1) ¿Todavía no era de día cuando vimos la cueva de hielo? 2) ¿No vimos el amanecer? [...] 3) ¿No observé los dos bordes del sol con el cronómetro? Encuentro en mis tablas dos números y creo que son la hora del amanecer, o al menos concuerdan bien con esta hipótesis. 4) ¿No llegaste al Cráter a las ocho de la mañana? ¡Respóndeme a eso, mi querido Bonpland!¹.

En unas cuantas frases intensas la carta de Humboldt plantea, hacia 1800, una serie de cuestiones respecto a la relación entre ciencia, viajes y escritura: cuestiones acerca del estatuto y el programa del viaje científico (¿qué hace Humboldt en la cima del Teide midiendo al alba el tamaño del disco solar?); cuestiones sobre las formas dadas a la observación de la naturaleza y al registro del viaje, así como sobre los modos de su reproducción en un texto (¿qué

¹ Archivo A. Bonpland (Instituto de Botánica y Farmacología, Facultad de Medicina, Buenos Aires), ms. n° 17: carta de Humboldt a Bonpland, en francés (Berlín, 14-IX-06). Sobre el tema véase la obra de Henri Cordier, *Papiers inédits du naturaliste Aimé Bonpland conservés à Buenos Aires...*, *Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología. Facultad de ciencias médicas de Buenos Aires* n° 30 (J. Peuser, Buenos Aires 1914).

datos anota Humboldt en su cuaderno y cómo los modela luego en forma de relato?); cuestiones sobre la visión de la naturaleza y sobre la ciencia en que se fundan esas prácticas, y sus relaciones con el movimiento romántico.

El viaje y su conversión en escritura son temas que suscitan desde hace algunos años un interés creciente tanto en el campo de las ciencias sociales como en el de la literatura. Para los antropólogos un tema esencial es el de la experiencia de campo, las condiciones de observación, las formas posibles de su reconstrucción². Entre los teóricos de la literatura la atención se ha centrado en las formas del relato, la tensión entre narración y descripción, el desafío de querer decir el mundo con palabras³. Los historiadores de la ciencia han abordado la cuestión del viaje desde la perspectiva del testimonio, de las formas sociales, culturales y técnicas de su validación, y de la construcción de una ciencia “a distancia”⁴. Para una reflexión sobre el conjunto de estos temas, brinda un enfoque interesante la cuestión del relato de viaje científico tal como se plantea en el cambio de siglo (XVIII-XIX), especialmente en y por la obra de Humboldt, es decir, cómo dar cuenta de la experiencia del viajero y a la vez elaborar un saber científico sobre los lugares visitados. En cuanto a la decisión de dirigir aquí la mirada a la estancia de Humboldt en Tenerife, tiene que ver –aparte de la feliz oportunidad que presentaba, geográficamente, la celebración del congreso en el archipiélago canario– con el lugar crucial que ocupa el Teide en el proyecto y escritos del viajero. Apenas unas pocas semanas tras su partida de La

² Véase, entre una abundante literatura, el enfoque de Gérard Lenclud, “Quand voir c’est reconnaître. Les récits de voyage et le regard anthropologique” en *Les terrains de l’enquête. Enquête*, n° 1 (ed. Parenthèses/EHESS, París 1995) pp. 112-130.

³ Gerard Genette, “Frontière du récit”, en *Figures II* (ed. Du Seuil, París 1979), pp. 49-69; Friedrich Wolfzettel, *Le discours du voyageur. Pour une histoire littéraire du récit du voyage en France, du Moyen Age au XVIII^e siècle* (PUF París 1996); Christine Montalbetti, *Le voyage, le monde et la bibliothèque* (PUF, París 1997). Sobre los vínculos entre novela y relato de viaje científico en el siglo XIX: Anne-Gaëlle Robineau-Weber, *Le roman de conquête scientifique au XIX^e siècle en France, Angleterre et aux États-Unis* (Tesis doctoral de la Universidad París IV-Sorbona, 2001, 2 vols.).

⁴ Sobre el testimonio: Steven Shapin, *A Social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth-Century England* (The University of Chicago Press, Chicago y Londres 1994); Donna J. Haraway, “Modest Witness: Feminist Diffractions in Sciences Studies”, en Peter Galison y David J. Stump (eds), *The Disunity of Science. Boundaries, Contexts and Power* (Stanford University Press, Stanford, Ca 1996); Dorinda Outram, “On being Perseus: New knowledge, dislocation, and enlightenment exploration”, en David N. Livingstone y Charles W. J. Withers, *Geography and Enlightenment* (The University of Chicago Press, Chicago y Londres 1999), pp. 281-294. Sobre la disciplina y el control del viajero: Marie-Noëlle Bourguet, “La collecte du monde: voyage et histoire naturelle (fin XVII^e siècle-début XIX^e siècle)”, en Claude Blanckaert, Claudine Cohen, Pietro Corsi y Jean-Louis Fisher (ed.), *Le Muséum au premier siècle de son histoire* (Muséum national d’histoire naturelle, París 1997), pp. 163-196; Lorelai Kury, “Les instructions de voyage dans les expéditions scientifiques françaises (1750-1830)”, *Revue d’histoire des sciences* 51, n° 1 (1998), pp. 65-92; Felix Driver, *Geography Militant. Cultures of Exploration and Empire* (Blackwell, London 2001), cap. 3.

Coruña, el 5 de junio de 1799, Tenerife es la primera escala del viaje de Humboldt y Bonpland, un interludio entre el viejo y el nuevo mundo. Puesto que la isla es la primera región subtropical que visita, y el Teide el “primer volcán activo” que observa, es también para Humboldt la ocasión de una repetición general del programa que asigna a su expedición⁵. Sin embargo, el viajero esperará más de diez años antes de publicar su informe completo de ese episodio, en el segundo capítulo de la *Relation historique* de su expedición, aparecida en 1814. ¿Por qué esa espera? ¿Qué nos enseña acerca de las conexiones entre la experiencia personal del viaje y la elaboración de un saber científico? Espero mostrar que la estancia de Humboldt en Tenerife y su tratamiento, en sus cuadernos de viaje y luego en la *Relation historique*, revelan en él una singular relación con los lugares visitados y una voluntad de renovar tanto la práctica del viaje como su escritura, para hacer de ellos los instrumentos de una ciencia global e integral de la Naturaleza⁶.

Imaginación, historia, ciencia: el viaje anticipado

Cuando la corbeta *Pizarro* llega a Tenerife, el 19 de junio de 1799, la isla dista de ser una tierra desconocida. Humboldt confía a su diario:

⁵ Alexander von Humboldt, *Relation historique du voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent...*, (París 1814-1825, 3 vol.; reimpr. F. A. Brockhaus, Stuttgart 1970), I: p. 148. Sobre el programa y los preparativos de su expedición: Marie-Noëlle Bourguet, “La république des instruments. Voyage, mesure et science de la nature chez Alexandre de Humboldt”, en Marie-Claire Hooch-Demarle, Étienne François et Michael Werner (ed.), *Marianne-Germania. Deutsch-französischer Kulturtransfer im europäischen Kontext* (Leipziger Universitätsverlag, Leipzig 1998), pp. 405-436.

⁶ Entre la abundante bibliografía sobre Alexander von Humboldt señalemos: Malcolm Nicolson, “Alexander von Humboldt and the geography of vegetation”, en Nicholas Jardine y Andrew Cunningham (ed.), *Romanticism and the Sciences* (Cambridge University Press, Cambridge 1990), pp. 169-185; Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Acculturation* (Routledge, London y New York 1992); Michael Dettelbach, “Global physics and aesthetic empire: Humboldt’s physical portrait of the tropics”, en David Philip Miller y Peter Hanns Reill (ed.), *Visions of Empire. Voyages, Botany and Representations of Nature* (Cambridge University Press, Cambridge 1996), pp. 258-292; Id., “Humboldtian science”, en Nick Jardine, J. A. Secord y Emma C. Spary (ed.), *Cultures of Natural History* (Cambridge University Press, Cambridge 1996), pp. 287-304; Emmanuel Saadia, “Tableaux géographiques d’Alexandre de Humboldt”, en Jean-François Staszak (ed.), *Les discours du géographe* (L’Harmattan, París 1997), pp. 69-88; Anne Marie Claire Godlewska, “From Enlightenment vision to modern science? Humboldt’s visual thinking”, en Livingstone y Withers, *Geography and Enlightenment*, pp. 236-280; Nicolas Rupke, “A geography of Enlightenment: the critical reception of Alexander von Humboldt’s Mexico work”, *ibid.*, pp. 319-343; Sébastien Velut, “Nouveau monde, nouvelle géographie”, en Thomas Gómez (bajo la dir.), *Humboldt et le monde hispanique* (Publicaciones del Centro de investigaciones ibéricas e iberoamericanas de la Université de Paris X-Nanterre, Nanterre 2002), pp. 31-42.

Desde mi juventud he soñado con pisar esta isla, y mi deseo creció más aún tras mi viaje con George Forster. [...] El célebre explorador de las islas paradisíacas de los mares del sur [...] contaba que el tiempo que había pasado en Tenerife le había resultado tan encantador como el de su estancia tahitiana. [...] A menudo, por la tarde, mientras navegábamos por el Rin, lo interrogaba...⁷

Nunca sabremos cómo era la evocación de Forster, pues las páginas siguientes del diario –29 a 32 en la paginación de Humboldt– fueron recortadas cuidadosamente. Al margen, Humboldt añadió de su mano, sin mencionar fecha, este comentario de autocritica: “*Todo eso es un malentendido: él nunca vino aquí; es de Madeira de lo que hablaba.*”⁸ De hecho, fue en Madeira y no en Tenerife donde James Cook hizo escala en 1772, con ocasión de su segunda expedición hacia los mares del sur, con los botánicos Johann y George Forster a bordo.

Por fastidiosa que haya podido ser para Humboldt esa falsa reminiscencia, el episodio merece atención desde el punto de vista de la construcción imaginaria del viaje, de su anticipación. Muestra cómo el mero nombre de Tenerife era suficientemente famoso y evocador a finales del XVIII como para que las expectativas de los viajeros estuvieran ya previamente modeladas. Ese falso recuerdo obliga a Humboldt a reconocer que, incluso en los lugares más apartados, el mundo no se ofrece a la mirada de un modo inmediato; que no hay tierras vírgenes que no estén ya fabricadas, en el imaginario de los viajeros, por una sucesión de mitos, imágenes, descripciones antiguas o modernas. En el caso del Teide, tantos viajeros habían mencionado ya la belleza del cono volcánico, con su cima de pan de azúcar elevándose abruptamente sobre el océano, que esa maravilla se había convertido hacia ya tiempo en un clisé de la literatura marítima, a la vez que en un objeto de especulación para los filósofos de la naturaleza⁹. Humboldt, ade-

⁷ Los cuadernos manuscritos donde Humboldt anotó los primeros meses de su expedición se hallan en la Deutsche Staatsbibliothek zu Berlin, Handschriftentabteilung (Tagebücher Alexander von Humboldt). Una transcripción de esos cuadernos, con profusas anotaciones, ha sido publicada recientemente por Margot Faak: *A. Von Humboldt, Reise durch Venezuela. Auswahl aus den amerikanischen Reisetagebüchern*, ed. por Margot Faak (Akademie Verlag, Berlín 2000).

⁸ Humboldt, *Reise...*, p. 82. Agradezco a Harald y Raymond Seckel la preciosa ayuda aportada en la traducción al francés de las notas de Humboldt sobre Tenerife.

⁹ Citemos, por ejemplo, el relato de Robert Challe, a finales del XVII: “*Como hemos estado toda la jornada a la vista de ese pico de las Canarias, que en sí mismo está hecho de pan de azúcar, nos ha dado tema para hablar. La base brinda a los ojos un paisaje muy bello, pleno de verdor, y casas repartidas por doquier sin simetría ni alineamiento. [...] El resto del pico está todo blanco, y se lo tomaría por un bloque de mármol si la naturaleza pudiera formar uno tan enorme. Hemos hablado de Aristóteles y Descartes a propósito de tal blancura, que no es sino la nieve que siempre la cubre. Pero le pregunté a M. Charmot, uno de nuestros expedicionarios, por qué las montañas tan altas están cubiertas de nieve todo el año.*” Robert Challe, *Jour - nal d'un voyage fait aux Indes orientales* (1690-91), 2 vols., (ed. Mercure de France, París 1983), vol. I, pp. 93-96.

más, lo reconoce pronto. Anota: “Desde la época de los griegos y los romanos Tenerife es célebre por su aspecto. Y en nuestros días, casi todos los viajeros alrededor del mundo la evocan en su ruta hacia el cabo de Buena Esperanza.”¹⁰ Haya sido tomada como destino y objeto de estudio –caso de la expedición cartográfica de Borda en 1776– o como simple escala, caso de las grandes expediciones marítimas de fin de siglo –como la tercera de Cook en 1776 o las de La Peyrouse en 1785 y d’Entrecasteaux en 1791–, el archipiélago canario fue visitado en numerosas ocasiones por los navegantes europeos a lo largo del siglo XVIII. Hasta el punto, incluso, de que la ascensión al Teide se convirtió en una especie de paso obligado para todo viajero ilustrado, como constataba con ironía uno de los oficiales de d’Entrecasteaux, Jacques Malo La Motte du Portail: “¿Estamos en Tenerife? Hay que ir al Pico. ¿Llegamos al Cabo? Hay que subir a la Mesa.”¹¹

Al decidir en 1797 abandonar su puesto en la Administración de Minas y consagrar su vida a recorrer el mundo “como naturalista vagabundo”, Humboldt era muy consciente de que con las expediciones de Cook, Bougainville, La Pèrouse y otros navegantes de finales del XVIII, había concluido el tiempo de la aventura y el descubrimiento. Cierto es que quedaban por rellenar espacios en blanco en los mapas de los continentes, y completar el catálogo de la fauna y la flora –a lo que esperaba contribuir junto con Bonpland, añadiendo mediante sus investigaciones “nuevas especies a las ya descritas”¹². Pero el reto esencial del viaje científico ya no se hallaba, a su parecer, en descubrimientos puntuales, aislados: más bien, al levantar acta de que el mundo era desde entonces finito y de que cualquier viajero sería llevado algún día a inscribir sus pasos en los de sus predecesores, era preciso definir de otro modo el objetivo del viaje. Tenerife constituía de entrada el caso de una tierra revisitada con frecuencia. Más adelante contará:

Un solo camino conduce al volcán. Es el que siguieron el padre Feuillée, Borda, M. Labillardière, Barrow y todos los viajeros que no han podido permanecer mucho tiempo en Tenerife. La excursión al Pico es como las que se hacen corrientemente en el valle de Chamouni y en la cima del Etna, donde es forzoso seguir a los guías; por todas partes no se ve sino lo que ya han visto los demás viajeros.¹³

¿Qué puede significar desde entonces, para un físico o un naturalista, desembarcar en Tenerife, si se encuentra condenado a “ver lo que ya se ha visto”? La fórmula parece desencantada, señalando el principio de una época abocada a la repetición, a lo *déjà vu*. Tal es, por ejemplo, el punto de vista de un

¹⁰ Humboldt, *Reise...*, p. 81.

¹¹ “Journal de mer de la Motte du Portail”, citado en Hélène Richard, *Le voyage de d’Entrecasteaux à la recherche de Lapérouse* (CTHS, París 1986), p. 88.

¹² Humboldt, *Relation historique...*, p. 3.

¹³ *Ibid.*, I, p. 16.

marino como Nicolás Baudin, quien al partir hacia los mares australes hace escala en la isla algunos meses después de Humboldt y declara inútiles, o mera curiosidad, las excursiones que quieren emprender los científicos de a bordo: “*Como los lugares que han visitado, o más bien, recorrido, son ya muy conocidos, las notas que han podido tomar sólo son útiles para ellos*”¹⁴. No es ese el propósito de Humboldt, puesto que en el programa de su viaje la novedad del itinerario y la rareza de las muestras recogidas importan menos que el tipo de observaciones efectuadas, la precisión de las medidas verificadas y, sobre todo, el estudio de las relaciones entre los fenómenos.

Prefiriendo siempre al conocimiento de los hechos aislados, aunque novedosos, el del encadenamiento de los hechos observados desde antaño, el descubrimiento de un género desconocido me parecía mucho menos interesante que una observación sobre las relaciones geográficas de los vegetales, sobre las migraciones de las plantas sociales, sobre la altitud límite en la que habitan las diferentes tribus.¹⁵

Hay pues en todo viaje una parte de historia y reiteración, deliberadamente asumida por Humboldt: el territorio es para él, de entrada, un territorio revisitado. Así, en la cordillera de los Andes, eligió seguir las huellas de Pierre Bouguer y de Charles Marie de La Condamine, los académicos franceses enviados al Perú en 1735, a fin de reproducir, verificar y completar sus observaciones y medidas. Como le explica entonces a su hermano, la novedad del viaje no atañe tanto a los montes a los que asciende cuanto a las mediciones que puede realizar en su cima:

He llegado dos veces, el 26 y el 28 de mayo de 1802, al borde del cráter del Pichincha. [...] La Condamine [...] llegó allí sin instrumentos y no pudo quedarse sino doce minutos a causa del excesivo frío reinante. Yo conseguí llevar mis instrumentos, tomé las medidas que interesaba conocer y recogí aire para analizarlo.¹⁶

Lejos de constituir un motivo de desencanto, la historia de los viajes antiguos se convierte en una incitación a nuevas salidas, exigencia de preguntas y curiosidad renovadas: al visitar y mirar de otro modo los mismos lugares es como el viajero puede pretender nuevos descubrimientos.¹⁷ También es

¹⁴ Nicolas Baudin, *Mon voyage aux terres australes. Journal personnel du commandant Baudin*, editado por J. Bonnemains (Imprimerie nationale, París 2001), p. 125.

¹⁵ Humboldt, *Relation historique*, 1, p. 3.

¹⁶ A. von Humboldt, *Briefe aus Amerika*, 1799-1804, ed. Ulrike Moheit (Akademie Verlag, Berlín 1993), p. 209 (carta a su hermano Wilhelm, 25-XI-02). Véase al respecto: M.-N. Bourguet y Ch. Licoppe, “Voyages, mesures et instruments: une nouvelle expérience du monde au siècle des lumières”, *Annales. Histoire, Sciences sociales* 52, n° 5 (1997), pp. 1115-1151 (en particular, pp. 1126-1128).

¹⁷ Humboldt, por lo demás, no es el único en constatarlo. En esa misma época, citando al mineralogista Dolomieu (“*Al hablar de Sicilia, un hombre instruido dijo que ese país, uno de*

una constatación en forma de programa lo que lleva a Humboldt a Tenerife: “*En ninguno de esos relatos (antiguos) he visto nunca la descripción de la Naturaleza, la forma de las montañas, el crecimiento de las plantas, es decir, todo lo que sirve para caracterizar la isla.*”¹⁸ Revisitar esos lugares a fin de captar allí la naturaleza en su totalidad, tomar el mundo físico (la forma de las montañas, la calidad del aire) y el mundo vegetal (el crecimiento de las plantas) con una perspectiva de conjunto, ahí está ya el objetivo que se había marcado al dejar Europa. “*Lo que tengo en mente es la armonía de las fuerzas convergentes, la influencia de la materia inanimada sobre los reinos animal y vegetal.*”¹⁹

Escala en Tenerife: sobre el terreno.

“*Pasamos seis días en Tenerife, Santa Cruz, Laguna, Puerto Orotava y pico Teide.*”²⁰ En los cuadernos de Humboldt, los datos que conciernen a su estancia canaria –alrededor de 40 páginas, apresuradamente redactadas en alemán, con una escritura minúscula y afilada, difícil de descifrar– no permiten reconstruir fácilmente ni la cronología ni los detalles de su actividad en la isla. Además, las notas se encuentran dispersas en tres cuadernos diferentes. En el primero, el que llevaba en Tenerife y durante los primeros meses de su expedición, se encuentran, mezcladas a voleo, anécdotas, mediciones, observaciones geológicas y botánicas. Aparte de algunas fechas (el día y hora de su llegada a Santa Cruz) la mayoría de esas notas parecen haber sido escritas al final de la estancia, en el momento de dejar la isla, o tras su partida, durante la travesía a América. Escribe, en efecto: “*En estos días me he preguntado tantas cosas que ahora temo olvidarme de muchas.*

los más interesantes del universo, era posiblemente uno de los menos conocidos, a pesar de los numerosos informes que se han hecho de él”), el naturalista Bory de Saint-Vincent juzga que la anotación podría aplicarse muy bien al archipiélago canario: “*Aunque se haya escrito mucho sobre esas islas y que se hayan redactado múltiples informes, sabemos muy poco de ellas; nos hallamos muy lejos de tener respecto a ellas una serie de nociones precisas y completas: lo que se ha contado de cierto, disperso en obras escritas en diversas lenguas, y de las que pocas se leen, mezcladas con hechos anecdóticos, exageraciones ridículas y groseros errores, es necesario reunirlos bajo una nueva luz y reducirlo a su justo valor.*” (Bory de Saint-Vincent, *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide, ou Précis de l'histoire générale de l'archipel des Canaries* [Baudouin, París an XI], pp. 1-2).

¹⁸ La introducción de la *Relation historique* (I, p. 4) recuerda esa intención inicial del viajero: “*Cuando comencé a leer la gran cantidad de viajes que componen una parte tan interesante de la literatura moderna, lamenté que los viajeros más instruidos en las ramas particulares de la historia natural hubiesen reunido raramente conocimientos lo bastante variados como para aprovechar todas las ventajas que ofrecía su posición.*”

¹⁹ Carta a von Moll, 5-VI-99, citada en *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt, 1798-1807*, Ernest-Théodore Hamy (ed.), Guilmoto, París 1905, p. 18.

²⁰ Humboldt, *Reise...*, p. 81.

Así que simplemente voy a transcribir en el papel este material bruto, de manera desordenada y apresurada".²¹ Así, el *Tagebuch* no es, propiamente hablando, un cuaderno de campo, si entendemos por ello las notas tomadas sobre el terreno en el momento. Apenas sabemos, por lo demás, si Humboldt tuvo alguna vez un cuaderno así. Todo lo más, encontramos a veces entreveradas en las páginas de uno de los cuadernos alguna hoja volandera, con notas, o más frecuentemente, con mediciones, escritas a lápiz: huellas únicas, quizás, de un registro inmediato. En el resto la escritura del cuaderno responde a un enfoque retrospectivo.

En cuanto a los pasajes sobre Tenerife que encontramos en otras partes, especialmente en los cuadernos nº III y IX de su clasificación personal, no tienen nada de cuaderno de campo, sino que remiten más bien al trabajo de gabinete o de biblioteca. Se trata de una compilación de notas extraídas de relatos de viajeros anteriores (Feuillée, Borda, Cook, etc.), de artículos de revistas científicas (*Philosophical Transactions*, *Journal de Physique*, *Bergmännisches Journal*, etc.), y de obras de historiadores locales, en especial, del abad Viera, de quien transcribe o abrevia numerosos pasajes.²² Hay también algunas páginas de escritura más cuidada, sin duda el esbozo de una redacción inicial. Algunas indicios invitan a datar el conjunto de esas notas en el último año de su expedición ("*México, mayo de 1803*") o incluso del viaje de retorno ("*en altamar, rumbo a Filadelfia, mayo de 1804*"), justo antes de su regreso a Europa ("*donde llegamos hoy [1804]*")²³. Humboldt asigna a sus *Tagebücher* una doble función: a la vez cuadernos de ruta, pautados por el registro más o menos cotidiano de las etapas ("*el 19 de junio por la mañana, en la rada de Santa Cruz...*"), y cuadernos de trabajo, en los que consigna datos de todo tipo —observaciones nuevas, lecturas, comienzos de redacción—, una especie de fichero abierto, enriquecido y completado sin cesar. La presencia de subtítulos añadidos ("*Nieve*", "*Volcanes*", "*Guanches*", etc.), así como el uso de símbolos escritos al margen que sirven para marcar ciertos pasajes para ligarlos a otros, muestran que Humboldt dominaba bastante bien el aparente desorden de sus cuadernos, donde depositaba la materia de su trabajo y su reflexión. Entre el terreno y la biblioteca no hay solución de continuidad²⁴.

²¹ *Ibid.*, p. 81.

²² José de Viera y Clavijo, *Noticias de la historia general de las Islas Canarias* (Madrid 1772-83, 4 vols.; reed. por Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife 1950-52, en 3 vols.)

²³ Humboldt, *Reise*, p. 97.

²⁴ En el prefacio de la *Relation historique* el viajero vuelve sobre esa práctica de la escritura, y sobre la manera en que usaba su cuaderno cuando viajaba, o cuando acampaba en algún lugar: "*He descrito muy regularmente, y casi siempre sobre el terreno mismo, las excursiones hacia la cima de un volcán o de algún otro monte notable por su altitud: pero la redacción de mi diario se ha interrumpido cada vez que he pasado una temporada en una ciudad o cuando*

¿Cómo leer esas notas, si queremos buscar en ellas las huellas de una manera de viajar, de trabajar? Su mera factura ya resulta especialmente interesante a la hora de reflexionar sobre la relación entre la práctica del viaje y el dispositivo de conocimiento. Por su aspecto denso, sobrecargado de correcciones y añadidos, esas páginas se hallan más cercanas visualmente al espacio de un mapa, que presenta a la vista un conjunto de informaciones sobre un lugar geográfico, que a la dimensión lineal y temporal de un relato de viaje: como en un mapa, reclaman un modo de lectura sincrónico, una percepción global de los datos compilados en la página²⁵. Por otra parte, el material acumulado en esos cuadernos permite percibir el proceso de recopilación y selección: ¿qué es lo que merece ser anotado por la experiencia del viajero, de entre sus impresiones y percepciones? Algunos puntos son especialmente significativos para la reflexión sobre las relaciones entre ciencia y viajes a principios del siglo XIX, y sobre el lugar de Humboldt en el movimiento romántico de su época: la parte concedida a la subjetividad y a las impresiones sensoriales del viajero; el papel de las mediciones y de la cuantificación; el modo de articular, en fin, unas y otras para elaborar una ciencia de la naturaleza global e integral.

Mientras esperaba en el puerto de Santa Cruz la autorización para desembarcar, Humboldt sólo puede percibir fugazmente el pico Teide: “*El pico sólo nos resultó visible durante algunos minutos, cuando estábamos ya ante el muelle de Santa Cruz. Pero esos pocos minutos me procuraron una visión grandiosa y sobrecogedora [...] La mañana era gris y húmeda [...], cuando de repente el manto de nubes se desgarró; a través de la abertura apareció el cielo de un azul adorable. Y en medio de ese azul, como si no formara parte de la tierra, como si se abriera la perspectiva hacia un mundo extraño [...], se nos apareció el pico Teide en toda su majestad*”.²⁶ Notables por su emoción poética, las palabras elegidas por Humboldt para expresar su percepción del cielo –“*in lieblicher Bläue*”– son tanto más impactantes para un lector moderno en cuanto que son las mismas con las que Hölderlin iniciaría pocos años después uno de sus poemas más célebres²⁷. El romanti-

otras ocupaciones me impedían continuar [...]. Entregándome a ello yo no tenía otro objetivo que conservar algunas de esas ideas dispersas que se le ocurren a un físico que pasa casi toda su vida al aire libre, reunir provisionalmente una multitud de hechos que no tenía tiempo para clasificar, y describir las primeras impresiones agradables o penosas que recibía de la naturaleza y de los hombres”. (*Relation historique*, 1, pp. 28-9).

²⁵ Véase sobre ese tema el análisis de los cuadernos de los ingenieros topógrafos de la expedición a Egipto, en Valeria Pansini, *L'œil du topographe et la science de la guerre. Travail scientifique et perception militaire, 1760-1820*. (Tesis doctoral de la EHESS, París, 2002), pp. 283-4.

²⁶ Humboldt, *Reise*, p. 81.

²⁷ Friedrich Hölderlin, *Oeuvres*, bajo la dirección de Philippe Jaccottet (Gallimard, París 1967, Biblioteca de la Pléiade, 191) pp. 937-41, “En bleu adorable”, traducido por André Du Bouchet (1ª edición alemana de ese texto -datado generalmente alrededor de 1807- en 1823, inserto en *Phaëthon* de Wilhelm Waiblinger).

cismo de esta descripción, incongruente para nosotros en el cuaderno de un científico, revela la posición epistemológica adoptada por Humboldt: en vez de rechazar o sospechar de la impresión de sus sentidos impregnada de subjetividad, el viajero, por el contrario, convierte la experiencia sensible en un dato de campo a tener en cuenta, siendo a la vez un acceso directo al mundo y una primera etapa en la elaboración del conocimiento. Superando la dualidad kantiana entre sujeto y objeto, comprende que sus sentidos sean un instrumento de mediación entre el mundo exterior y el sujeto cognoscente, y sus percepciones un medio para explorar las relaciones entre el hombre y la naturaleza²⁸.

Admitido esto, nos extraña que haya pocas anotaciones en el diario semejantes a las de la primera mañana, y eso a pesar de que Humboldt declara haber vivido en Tenerife “*los días más plenos del delicioso goce de su vida, de momentos placenteros*”²⁹. Una anotación del diario, reflexión sobre su modo de consignar los detalles del viaje, sugiere una explicación de esa relativa escasez: “*Mi imaginación va a permanecer durante muchos años todavía bastante encendida como para reconstruir una imagen de conjunto que no sea incompleta, y que permita a otros compartir una parte de la alegría que esa gran y tan dulce y suave naturaleza nos reserva*”³⁰. No es, por tanto, por causa de ningún rechazo ni sospecha hacia sus impresiones por lo que Humboldt desdeña anotar cada una en detalle, sino, al contrario, porque las imagina grabadas en su imaginación de manera tan viva e intensa como para poder recuperarlas y movilizarlas a voluntad. Por sí solo, ese postulado pone en evidencia la complejidad de las relaciones que se dan en Humboldt -como generalmente en todo viajero y especialmente en todo viajero científico de la época- entre la experiencia vivida y su consignación por escrito, entre las impresiones recibidas y su traducción científica.

Por contraste, el cuaderno le otorga un lugar de honor a las cifras, medidas y cálculos de todo tipo efectuados por el viajero durante su estancia. Nada extraño hay en ello, puesto que, como ya hemos visto, donde Humboldt sitúa la novedad de su viaje no es ni en el itinerario seguido ni en la recopilación de muestras dispersas, sino en las operaciones de medición sistemáticamente realizadas. Así, lo vemos sobre el puente del barco poner sus instrumentos en funcionamiento, a la espera de desembarcar: “*Para ocu -*

²⁸ Para una valoración muy semejante de la experiencia visual en Goethe, véase el estudio de Jean-Marc Besse, *Voir la terre. Six essais sur le paysage et la géographie* (Actes Sud/ENSP/Centre du Paysage, 2000), pp. 73-94. Sobre la importancia de la visión como instrumento de conocimiento en el romanticismo alemán: Roland Recht, *La lettre de Humboldt* (C.Bourgeois, París 1989), pp. 17-25. Sobre la relación de Humboldt con la filosofía de Kant, cf. Saadia, art. cit. Notemos que muchas de las impresiones y descripciones esbozadas en el diario son retomadas por Humboldt en su correspondencia de viaje, especialmente en las cartas a su hermano.

²⁹ Humboldt, *Reise*, p. 81.

³⁰ *Ibid.*

*parme en algo hice algunas mediciones decisivas con mi cronómetro de Berthoud [...]. La mañana del 19 de junio (1^o messidor), medí la posición del sol con mi sextante Ramsden*³¹. Como sabemos, la medida de la longitud y la determinación de la situación de las Islas Canarias, en particular la de la isla del Hierro, que sirvió de meridiano origen en los albores de la edad moderna, fueron durante siglos un problema crucial para la navegación oceánica. Lo eran aún en la época de Humboldt, en un momento en que los avances técnicos (la invención del cronómetro por John Harrison en Inglaterra, Pierre Lenoir y Louis Berthoud en Francia) permitían por fin un control preciso y fiable de las longitudes de las posiciones. Humboldt, equipado con los mejores instrumentos (que designa con el nombre de su inventor, como para dar más validez a sus mediciones: “*mi cronómetro de Bert - houd*”), inscribe así directamente su viaje en la ciencia de su tiempo. Como prueba de ello, una página de su cuaderno, redactada tardíamente y titulada “*Continuación de mi viaje a Tenerife*”, en la que compila notas de lectura para confrontar sus mediciones con los resultados obtenidos por otros viajeros y navegantes: “*Cook cree que la rada de Santa Cruz estaría a 14’ 30” más al Oeste que la medida de D. J. Varela (el compañero de Borda). Pero Córdoba (Relation, p. 9) observa que el cronómetro de Cook cometía siempre errores hacia el oeste...*”³². Solo repitiendo las mediciones sobre el terreno y comparándolas con los resultados obtenidos por otras personas, o por medio de otros instrumentos, podrá obtenerse un mapa preciso y fiable de la posición del archipiélago.³³

Mediciones, pues, en todo lugar y en todo momento, tanto en la tierra como en el mar: al igual que el navegante debe conocer la posición exacta de las tierras que encuentra, el naturalista físico, como lo es Humboldt, no se permite efectuar una observación o recoger una muestra de planta o de roca sin preocuparse, al mismo tiempo, de determinar la localización, y en el caso de que no fuese posible, la altitud. Sabemos que la conquista de las montañas es en el siglo XVIII algo reciente y que sus cimas forman para los sabios y filósofos de la naturaleza un territorio reservado, el privilegiado

³¹ *Ibid.*, p. 82. En la edición impresa de los diarios de Humboldt, las menciones de cifras y medidas no están siempre transcritas en su totalidad; se trata, aquí, de cálculos de longitud y de una discusión sobre la posición exacta de la isla en relación a los meridianos de París, Cádiz y Madrid.

³² *Ibid.*, p. 87.

³³ El pasaje correspondiente de la *Relation historique* aporta las conclusiones obtenidas por Humboldt de sus mediciones: “*Esperamos largo rato y con impaciencia a que el gobernador de la plaza nos diese el permiso para descender a tierra. Yo empleé ese espera en hacer las observaciones necesarias para determinar la longitud del muelle de Santa Cruz, y la inclinación de la aguja imantada. El cronómetro de Louis Berthoud marcó, para la primera 18° 33’ 10”.* Esta posición difiere de 3 a 4 minutos de arco respecto a las observaciones obtenidas anteriormente por Fleurieu, Pingré, Borda, Vancouver y La Peyrouse. [...] Estos datos prueban que las longitudes que el capitán Cook atribuyó a Tenerife y al cabo de Buena Esperanza son, con mucho, demasiado occidentales.” (*Relation historique*, 1, p. 102).

dominio de sus observaciones, experiencias y mediciones³⁴. Desde los Alpes a la Cordillera, pasando por los Pirineos o el pico del Teide, la altitud de las cumbres más altas no está determinada aún con exactitud: ¿Acaso no se consideró el volcán canario –Buffon aún lo cree así– como una de las más altas montañas del mundo? Con toda seguridad, Humboldt tenía la intención de aprovechar su paso por Tenerife para llevar a la cima del pico su barómetro y comparar sus observaciones con las medidas angulares efectuadas por Borda en 1776 y con la determinación de niveles iniciada en 1785 por el naturalista Monneron. Pero el mal tiempo y lo breve de la escala le obligaron a dejar a bordo una parte de su material, en particular sus grandes barómetros y su brújula de inclinación, y a desembarcar sólo con su “sextante-tabaquera” (nombre que él da a un pequeño sextante de Throughton, equipado con una lente), su cronómetro y un termómetro³⁵.

No por ello, como atestiguan las preguntas dirigidas a Bonpland en la carta citada al comienzo, Humboldt renunció a hacer la ascensión al pico y a efectuar las mediciones en su cumbre. Pero aquí faltan las hojas del cuaderno (¿quizás se trate de las “tablas” a las que alude en su carta?³⁶), y es necesario entonces recurrir a la *Relation historique* para encontrar una explicación a lo que hace en la cima del volcán, provisto de su sextante y de su reloj: “*Deseaba poder observar exactamente el instante de la salida del sol a una altitud tan considerable como la que habíamos alcanzado en el pico de Tenerife. Ningún viajero, pertrechado de instrumentos, había hecho aún tal observación. Tenía unos binoculares y un cronómetro cuyo funcionamiento yo conocía con mucha precisión*”³⁷ “Medir el espectáculo

³⁴ Sobre el papel de la cuantificación y del recurso a la medición en los viajes científicos del siglo XVIII: Bourguet y Licope, “Voyages, mesures et instruments”; Marie-Noëlle Bourguet, “Landscape with numbers. Natural history, travel and instruments, mid-18th–early 19th centuries”, en Marie-Noëlle Bourguet, Christian Licope y H. Otto Sibum (ed.), *Science, Travel, and Instruments. The Itineraries of Precision in Natural Sciences, 18th-20th centuries* (Routledge, Londres 2002), pp. 96-125.

³⁵ Cf. *Relation historique* (I, p. 105): “*La resaca del mar no nos había permitido volver a bordo durante la noche a recoger los barómetros y la brújula de inclinación. Como preveíamos que nuestro viaje al pico iba a ser muy precipitado, nos consolamos fácilmente por el hecho de no exponer los instrumentos, que habían de servirnos en situaciones menos conocidas para los europeos*”.

³⁶ Es posible también que estas páginas hayan sido arrancadas y trasladadas a otro de sus cuadernos, o mezcladas con el resto de sus notas y de su correspondencia. En su estado actual, el cuaderno contiene, sobre todo, notas de lecturas, cuidadosamente recopiladas por Humboldt, situadas en el lugar de las medidas que él no pudo efectuar para calcular la altitud del pico: “*Sobre la altura del pico, véase] Zach, Monatliche Correspondenz, 1800, abril, nota, etc.*” (*Reise*, pp. 87-8). Todo el párrafo es una especie de recapitulación de las medidas y cálculos de sus predecesores, Feuillée, Cassini, Bouguer, Heberden, Borda, Lamanon, Monneron, Johnstone, etc. Finalmente, la medida más exacta y precisa que Humboldt escoge, en su *Relation historique*, es la de Borda.

³⁷ Humboldt, *Relation historique*, I, pp. 126-7.

del sol surgiendo de entre los mares, y al mismo tiempo observar los fenómenos que lo acompañan (la refracción de los rayos, la formación de la bruma, la visibilidad del horizonte): se trata de nuevo de ponerle cifras a los fenómenos percibidos por los sentidos, a fin de encontrar la ley. “*Percibimos el primer borde a las 4h 48’ 55” en tiempo verdadero...*”.

Este ejemplo demuestra que percibir y medir van unidos en la práctica de Humboldt. De hecho, numerosas mediciones que ha consignado en su cuaderno están en relación con impresiones visuales o sensoriales que ha sentido. Sin pretender hacer un análisis detallado, un ejemplo bastará para indicar cómo estas notas pueden ayudar a obtener información de un proceso o reconstruirlo: es el caso de las observaciones de temperatura y humedad de la atmósfera. Con mucha frecuencia a lo largo del cuaderno, se leen observaciones como las que siguen, anotadas en las primeras horas de su llegada a Santa Cruz: “*En las estrechas calles transversales, entre los muros de los jardines, hojas colgantes de palmeras y bananos forman corredores en arco, llenos de sombra: un refresco para el europeo que acaba de desembarcar y al que el aire del país le parece insoportablemente caliente. En plena mar, teníamos la mayor parte del tiempo una temperatura de 16 a 17 grados; al sol el termómetro subía apenas dos grados más a causa del viento que cambia las capas de aire antes de que se recalienten.*”³⁸ Estas observaciones conducen a Humboldt a comparar la temperatura del aire y la del agua, contraponiendo las indicaciones de su termómetro a sus sensaciones corporales: “*¡Cuántas veces el aire está a 15 grados mientras que el agua está a 17! Si se sumerge la mano en el agua se tiene siempre la sensación de que el cuerpo que gotea parece más frío que el cuerpo elástico*”. Con el objeto de explicar por qué “*el agua parece más fría que el aire*” y por qué, casi a la misma temperatura, “*el aire húmedo del mar está siempre más fresco que el aire seco de la tierra*”, Humboldt se lanza a una larga especulación sobre la conductividad de las terminaciones nerviosas de la piel (“*Ningún termómetro es suficientemente fino y preciso como para penetrar en este envoltorio*”), pero el razonamiento, una vez más se interrumpe bruscamente con la escritura al margen de una exclamación debidamente fechada: “*desgraciadamente falso, 1820*” y advertimos que el viajero no se ha preocupado, aquí, de arrancar las páginas censuradas. Pues la teoría podría devenir falsa: los hechos observados quedan, como un material en espera de descifrarse, una pista abierta para captar las dependencias entre el hombre y el mundo que habita. “*Este razonamiento, como otros, debe añadirse más abajo en relación al clima y a su influencia sobre el género humano*”, añade al margen. Para llevar hacia adelante parejamente la exploración del mundo natural y la exploración de sí mismo, Humboldt hace de la cuantificación un instrumento de investigación privilegiado.

³⁸ Humboldt, *Reise*, p. 84. Algunos días antes, al acercarse a Tenerife, Humboldt había anotado: “*El cielo está claro, pero a causa del viento de noreste el sol es débil*” (*Ibid.*, p. 79).



Fig. 1. Alexander von Humboldt con su herbario.



Fig. 2. Vista del cráter del Teide.



Fig. 3. Vista del Teide desde el valle de La Orotava



Fig. 4. Bananeras, palmeras y plumeros



Fig. 5. Caja de instrumentos usada por Humboldt

Escribir el viaje: el mundo visto desde el pico del Teide

“El 19 de junio de 1799 anclamos en la rada de Santa Cruz de Tenerife”. En los cuadernos escritos hacia el final de la expedición, en 1803 o 1804, se encuentra –ya lo he mencionado– una página claramente distinta de las otras. Primero, porque no está escrita en alemán como las anteriores, sino en francés: después de cuatro años de viaje en compañía de Bonpland, Humboldt ya está familiarizado con la lengua francesa. Asimismo, se puede suponer que desde ese momento ha escogido el francés como lengua de sus futuras publicaciones. Además, porque esta página, titulada “*Estancia en la isla de Tenerife. Viaje al pico del Teide*”, está redactada de manera cuidadosa, lo cual contrasta con el estilo habitual, breve y apresurado. Todo hace pensar que se trata de un esbozo de relato, vertido al papel sin esperar su vuelta a Europa, de acuerdo con el plan general que él había anunciado en una carta dirigida a uno de sus amigos, el botánico Willdenow, con fecha 21 de febrero de 1801, desde La Habana: “*Tengo la idea de presentar mis observaciones al lector en diferentes volúmenes, dado que mi viaje abarca muchos temas, que pueden no interesar todos al mismo lector. [...] Mi narración del viaje propiamente dicho, por ejemplo, no contendrá más que lo que pueda interesar a todo hombre cultivado; las observaciones físicas y morales, las condiciones generales, el carácter de los pueblos indios, las lenguas, las costumbres, el comercio de las colonias y de las ciudades, el aspecto del país, la agricultura, la altura de las montañas (sólo los resultados), la meteorología*”³⁹. Relatar el viaje: ¿qué es lo que esto significa? ¿Cómo combinar en un mismo género literario la narración de una experiencia personal, con su parte de anécdotas y de emociones, y un informe científico del trabajo realizado, compuesto por tablas astronómicas, descripciones de plantas y minerales, de mediciones atmosféricas?

Esta es, sin duda, una dificultad que antes de Humboldt, habían encontrado ya muchos viajeros científicos. En 1700, Tournefort hizo de su misión en el *Levant* una descripción “en archipiélago”, que alterna el relato de la navegación de isla en isla y, en cada escala, el inventario descriptivo de la flora, como si quisiera reproducir el ritmo y el modo mismo del viaje⁴⁰. A lo largo del siglo XIX, el creciente éxito de la literatura de viajes entre el público y la progresiva especialización disciplinar de las ciencias contribuyeron a hacer más y más problemático el deseo de mantener juntos el relato y la descripción, el viaje y la ciencia. Ya en 1750, La Condamine ensaya una nueva fórmula, reservando para sus pares de la Academia las memorias

³⁹ Carta citada en Hamy, *Lettres*, pp. 108-109.

⁴⁰ Frank Lestringant, “L’herbier des îles, ou le *Voyage du Levant* de Joseph Pitton de Tournefort (1717)”, en Marie-Christine Gomez-Géraud (ed.), *Les modèles du récit de voyage. Litté - rales*, n° 7 (Centre de recherches du département de français de Paris X-Nanterre, Nanterre 1990), pp. 51-68.

científicas y destinando a un público más general el relato de sus aventuras en el Amazonas: “*Se observará sin duda que yo he hablado de mí frecuentemente en este relato: es un privilegio que no se le discute a los viajeros; no se les lee más que para saber lo que han hecho, y lo que han visto*”⁴¹. Hacia el final del siglo, otros viajeros abandonan la estructura de narración lineal y cronológica en aras de una presentación metódica: Volney, por ejemplo, construye su *Voyage en Égypte et en Syrie* (1787) en forma de “tabla”, a la manera de encuesta descriptiva y estadística. Un contraste semejante se percibe en los textos resultantes de la expedición a Egipto, el relato pintoresco del anticuario Vivant Denon en su *Voyage dans la Haute et Basse Égypte* y los grandes manuscritos de la *Description de l'Égypte*, redactados por los sabios de la expedición, después de su vuelta a Francia⁴². Esta tensión entre ciencia y literatura y la incapacidad de conciliar, en la forma literaria del relato, la parte de historia personal y subjetiva con la acumulación monótona y minuciosa de detalles científicos, parecen anunciar hacia 1800 la muerte del proyecto enciclopedista y humanista que aspiraba a dar cuenta de sí y del mundo al mismo tiempo⁴³.

Es justamente en este contexto en el que se debe considerar la forma en que Humboldt aborda el relato de su viaje. Para satisfacer a su editor, Schoell, Humboldt había pensado inicialmente escribir un “pequeño viaje” o “viaje abreviado”⁴⁴, el borrador de la narración de su llegada a Tenerife es quizá un ejemplo. Pero la preparación de los volúmenes científicos pronto lo absorbe por completo. En su búsqueda de soluciones formales apropiadas opta unas veces por organizar su materia de manera temática (*l'Essai sur la géographie des plantes ou le Recueil d'observations astronomiques*) y otras por hacerlo de manera geográfica (*l'Essai politique sur la Nouvelle-Espagne*). Se sabe también de sus innovaciones en materia de presentación de textos (las monografías de las *Plantes équinoxiales*) o visual (los gráficos y mapas del *Atlas*). Sin embargo, en ninguno de ellos hay lugar para un relato detallado del viaje en sentido estricto. Sólo diez años después de su regreso Humboldt termina por aceptar la empresa de escribir una *Relation historique*⁴⁵. Tres volúmenes aparecen entre 1814 y

⁴¹ Charles Marie de La Condamine, *Journal du voyage fait par ordre du roi à l'Équateur, servant d'introduction à la mesure des trois premiers degrés du méridien* (Imprimerie royale, París 1751), prefacio, p. xxvi.

⁴² Marie-Noëlle Bourguet, “Missions savantes au siècle des lumières: du voyage à l'expédition”, en Yves Laissus (dir.), *Il y a deux cents ans, les savants en Égypte* (Muséum national d'histoire naturelle/Nathan, París 1998), pp. 38-67 (en particular, pp. 64-67); Jean-Marc Drouin, “Analogies et contrastes entre l'expédition d'Égypte et le voyage de Humboldt et Bonpland”, *Historia, Ciencias, Saude*, vol VIII, supl., 2001, pp. 839-861.

⁴³ Sobre el tema, véase: Wolfzettel, *Le discours du voyageur*, pp. 231-311; Pratt, *Imperial eyes*, pp. 111-143.

⁴⁴ Él emplea estas expresiones en una carta a Bonpland escrita en Berlín el 21 de diciembre de 1805 (Archivo Bonpland, ms. n.º 9).

⁴⁵ Humboldt, *Relation historique*, I, pp. 28-29.

1829, dedicados a los dos primeros años de la expedición, desde la partida de La Coruña hasta la llegada a Cumana (5 de junio de 1799 – 22 de abril de 1801): ellos constituyen los últimos volúmenes (tomos XXVIII-XXX) de su monumental *Voyage aux régions équinoxiales*. Pero la continuación, anunciada, no apareció jamás: ¿puede considerarse esto como la constatación de un fracaso? “*Parece casi imposible ligar tanto materiales diversos con la narración de los sucesos, y la parte dramática ha quedado sustituida por fragmentos meramente descriptivos*”, reconoce Humboldt ya en el prefacio⁴⁶. ¿En qué medida la *Relation historique* fue para él una especie de experimento, la búsqueda de una estrategia retórica capaz de combinar la historia específica de un viaje y de una experiencia individual con la elaboración de una representación científica del mundo? En este sentido su empresa puede aportar aquí una reflexión sobre las relaciones entre ciencia y romanticismo.

En el prefacio de la *Relation*, datada en 1812, Humboldt cita como modelo único al viajero ginebrino Horace-Bénédict de Saussure, quien basó la trama de los cuatro volúmenes de sus *Voyages dans les Alpes*⁴⁷ en la cronología de sus excursiones y ascensiones, interrumpida solamente por largas digresiones descriptivas (observaciones sobre las costumbres y la vida local) o por desarrollos científicos (reflexiones sobre la geología de las montañas). ¿Fue este un modelo para Humboldt? Sin embargo, se aprecia de inmediato la diferencia entre los viajes de Saussure –un mismo terreno recorrido cien veces y descrito– y la expedición de Humboldt –la exploración de un continente, la ascensión a una docena de volcanes, tras la del pico del Teide, la pretensión de una ciencia global. La composición del relato necesariamente debía ser modificada. Pero antes que nada ¿es este verdaderamente un relato? A primera vista la *Relation* sigue las reglas convencionales del género: la sucesión de capítulos reproduce la cronología del viaje y el texto invita al lector a marchar al paso de los viajeros, a ver por sus ojos. “*Hacia las tres de la mañana bajo los lúgubres reflejos de una antorcha de pino nos pusimos en ruta hacia la cima del Pitón. [...] Dimos un rodeo hacia la derecha para examinar la Cueva de Hielo. [...] Empezaba a hacerse de día cuando dejamos la cueva*”⁴⁸.

Pero Humboldt no concibe que su relato sea, a la manera de una novela de Stendhal, un espejo que se pasea a lo largo del camino, entremezclando observaciones curiosas y detalles pintorescos sucedidos a lo largo de las horas, con el riesgo de “*fatigar a sus lectores con la expresión monótona de su admiración*”⁴⁹.

⁴⁶ *Ibid.*, I, p. 31.

⁴⁷ Horace-Bénédict de Saussure, *Voyages dans les Alpes, précédés d'un essai sur l'histoire naturelle des environs de Genève* (Neuchâtel y Genève, 1779-1786), 4 vol.

⁴⁸ Humboldt, *Relation historique*, I, pp. 124-5.

⁴⁹ *Ibid.*, I, p. 137.

La manera en que utiliza las notas de su cuaderno es clarificadora al respecto: se observa que numerosas anotaciones o anécdotas que había registrado en su diario o bien no se han trasladado a la narración (el retrato de un capellán irlandés, charlatán e impertinente), o bien han quedado reducidas a unas pocas palabras. “*Lo primero que nos saltó a la vista fue una mujer de talle delgado, extremadamente morena y mal vestida, que se llamaba la Capitana*”⁵⁰. Sucede lo mismo con las curiosidades naturales, que no captan su atención más que cuando pueden estar relacionadas con otros hechos o conducir a nuevas investigaciones. Así, por ejemplo, el célebre drago del jardín de La Orotava, por extraordinario que fuese su tamaño, sin duda no hubiera sido mencionado como una maravilla de la naturaleza, si, al mismo tiempo, su aspecto y su posible edad no hubiesen hecho de él “*uno de los habitantes más antiguos de nuestro globo*”; lo cual le brinda al naturalista la ocasión de emprender una reflexión sobre los orígenes históricos de este árbol, de plantearse la posibilidad de antiguas relaciones con Asia. “*El Dracaena [...] ofrece un curioso fenómeno en relación con la migración de los vegetales [...]. Las Indias orientales son su verdadera patria. ¿Por qué vía se ha trasplantado este árbol a Tenerife? ¿Su existencia prueba que en época muy antigua los Guanches han tenido relación con otros pueblos originarios de Asia?*”⁵¹. El cuaderno es rico en observaciones similares, a propósito de otras singularidades de la isla, como la presencia de camellos o de cactus (“*el camino de Santa Cruz está guarnecido de cactus*”⁵²), que no aparecen en la *Relation* más que como punto de partida para abordar reflexiones más generales sobre la historia de la migración de las plantas y su distribución geográfica. Incluso el hallazgo de una florecilla, una violeta, cerca de la cima del volcán –lugar común de los relatos de viajes de montaña (piénsese en la emoción de Tournefort, cuando encuentra una verónica en las laderas del monte Ararat)–, se utiliza para reflexionar sobre el papel respectivo del clima y de la mineralogía en el crecimiento y distribución de las plantas, y para diseñar un “mapa botánico de la isla: “*una violeta, parecida a la Viola decumbens, se encuentra en la ladera del volcán hasta la altura de 1740 toesas; ella supera no sólo a las otras plantas herbáceas, sino incluso a las gramíneas, que en los Alpes y en la cara trasera de las cordilleras está en contacto directo con la vegetación de la familia de las criptógamas*”⁵³.

La parte reservada a las percepciones o sensaciones personales exige un análisis detallado. Pues el tono entusiasta y poético presente en ciertos pasajes del cuaderno o de la correspondencia del viajero con frecuencia da la impresión si no de desaparecer de la *Relation*, al menos de sonar distinto,

⁵⁰ *Ibid.*, I, p. 103.

⁵¹ *Ibid.*, I, p. 118-9.

⁵² Humboldt, *Reise*, p. 94.

⁵³ Humboldt, *Relation historique*, I, pp. 138-9.

como reorquestado en el interior de un dispositivo retórico muy controlado, descriptivo, objetivador: *“el pico del Teide se mostró entonces en un claro por encima de las nubes. [...] Sólo la cúspide era visible para nosotros; su cono se proyectaba sobre un fondo del azul más puro, mientras que nubes negras y espesas rodeaban el resto de la montaña”*⁵⁴. Reconocemos la escena, ya evocada anteriormente; pero la sugerente emoción del *“lieblicher Bläue”* del *Tagebuch* Humboldt la ha sustituido por una expresión más técnica, casi química en su precisión, *“del azul más puro”*. Si estas palabras están destinadas a transmitir la belleza de la escena, es haciéndola inteligible al espíritu más que accesible a los sentidos.

También en otra ocasión –el paisaje que se divisa desde la cima– se ve cómo Humboldt se esfuerza en conjugar en su escrito la descripción y el análisis, con el fin de dar cuenta del grandioso paisaje y, al mismo tiempo, abarcar su impacto sobre la sensibilidad del viajero. El pasaje en cuestión comienza con una larga descripción del panorama que se extiende a sus pies: *“desde lo alto de estas solitarias regiones nuestras miradas se sumergían en un mundo inhabitado. [...] Contemplamos las plantas distribuidas por zonas, según disminuía la temperatura de la atmósfera en relación a la altura del lugar. [...] La apariencia de proximidad con la que se ven desde lo alto del pico las aldeas, los viñedos y los jardines de la costa se incrementa por la prodigiosa transparencia de la atmósfera. A pesar de la gran lejanía, nosotros no sólo distinguíamos las casas, el velamen de los barcos y el tronco de los árboles. También veíamos brillar con los más vivos colores la rica vegetación de las llanuras”*. Al introducir en esta colorida descripción el tema de la calidad local del aire comparada con la de otros climas, Humboldt ofrece una explicación de *“la prodigiosa transparencia”* del paisaje: es la sequedad del aire, asegura, lo que *“le confiere a la atmósfera de las Canarias una transparencia que supera no sólo la del aire de Nápoles y de Sicilia, sino quizás también la pureza del cielo de Quito y del Perú”*. Y afirma: *“esta transparencia puede considerarse una de las causas principales de la belleza de los paisajes de la zona tórrida: es ella la que realza la eclosión de los colores vegetales y contribuye al mágico efecto de sus armonías y oposiciones”*⁵⁵. De lo visible a lo inteligible y vuelta atrás; de la emoción sensible a la ciencia razonada y viceversa: el estilo de Humboldt se construye sobre esta polaridad, descriptiva y analítica, que trata de comunicar al lector una experiencia estética de los paisajes contemplados y, al mismo tiempo, pretende captar el conjunto de fuerzas invisibles que los producen.

Como sugiere el último texto citado, Humboldt ha debido movilizar, para nutrir sus explicaciones sobre la belleza del paisaje canario, informaciones de diversas procedencias, que ha obtenido de sus lecturas y también de su expe-

⁵⁴ *Ibid.*, I, pp. 100-1.

⁵⁵ *Ibid.*, I, pp. 138-9.

riencia personal de viajero en América y Europa. Ahora bien, en el momento preciso de su estancia en Tenerife, el que se evoca al comienzo de la *Relation historique*, esta experiencia estaba, en gran medida, todavía por llegar cuando se encuentra con los volcanes andinos y posteriormente con los de Italia. Es decir, que, lejos de reproducir fielmente la cronología del viaje, el relato está compuesto de constantes rupturas, en el que se introducen datos tomados de otras partes y de referencias a episodios posteriores de su vida, ya sean viajes o lecturas. Cuando relata la noche transcurrida en compañía de Bonpland sobre las laderas del volcán en la víspera de su ascensión al pico del Teide, Humboldt evoca, como de manera anticipada, sus futuros viajes: “*nunca habíamos pasado la noche a tan gran altura, y yo por entonces no sospechaba que, sobre laderas de cordilleras, un día habitaríamos en ciudades cuya planta está más elevada que la cima del volcán que íbamos a alcanzar al día siguiente*”⁵⁶. La *Relation* está salpicada de tales anticipaciones, que insertan en el presente de la narración los ejemplos necesarios para ilustrar la argumentación del sabio. Así, la descripción del pico del Teide al amanecer va seguida de un pasaje que es casi la transcripción directa de una nota del *Tagebuch* escrita por Humboldt a la vuelta de sus ascensiones andinas hacia 1803 o 1804: “*hemos observado en la cordillera de los Andes que las montañas cónicas, como el Cotopaxi y el Tungurahua, frecuentemente se presentan [...] despejadas de nubes [...]; pero el pico de Tenerife, a pesar de su forma piramidal, está durante una gran parte del año rodeada de vapores*”⁵⁷. Asimismo, el relato de la ascensión al cono volcánico, empresa muy difícil por las cenizas y las escorias acumuladas, se transforma en una evocación comparada de diferentes tipos de volcanes que ha conocido el viajero posteriormente, incluido el Vesubio, que no llega a conocer hasta 1805: “*El Vesubio, que es tres veces más bajo que el volcán de Tenerife, termina en un cono de cenizas casi tres veces más elevado, aunque de pendiente más suave y accesible. De todos los volcanes que he visitado, únicamente el de Jorullo, en México, ofrece más obstáculos que el pico, porque la montaña entera está cubierta de cenizas móviles*”⁵⁸.

Sistemáticamente comparativo, este modo de escribir parece directamente importado de la práctica científica de Humboldt: igual que ella, se fundamenta en la recopilación, la puesta en relación y la confrontación de datos; igual que ella, es una condición previa necesaria a toda generalización, a todo conocimiento científico de la naturaleza. Al tiempo que escapa

⁵⁶ *Ibid.*, I, p. 123.

⁵⁷ *Ibid.*, I, p. 101. El texto correspondiente, en el cuaderno, es: “*El pico (del Teide) es una de esas montañas que, como las de Antisana y Rucupichincha están la mayor parte del tiempo cubiertas de nubes [...]. A menudo se puede pasar tres semanas en Santa Cruz sin verlo una sola vez, al igual que desde Guayaquil no hemos visto el Chimborazo en cinco semanas.*” (*Reise*, p. 91).

⁵⁸ Humboldt, *Relation.*, I, p. 130.

del orden lineal y temporal del relato del viaje, Humboldt trata de crear en la *Relation historique* una estrategia expositiva que dé cuenta de este modo de razonamiento, empírico y razonado. Podemos decir a este respecto que su relato está menos centrado en un lugar y un momento particular (la escala en Tenerife) que en ser una tentativa de captar un cierto número de fenómenos percibidos en ese lugar (la forma cónica del volcán, la transparencia del aire, la geografía de las plantas, etc.), recurriendo para ello a informaciones procedentes de otros territorios y momentos de sus viajes⁵⁹. De ahí procede el método consistente en una descripción con múltiples facetas, que gira en espiral al rededor del objeto para observarlo desde diversas perspectivas. Esta lógica argumentativa y comparativa es la verdadera estructura del relato: ella le confiere una “unidad de composición”, en tanto que la historia del itinerario mismo, con sus nombres y sus datos, no ofrece más que hitos a lo largo del camino, simples referencias para guiar la lectura⁶⁰. Si este relato responde de alguna manera a la experiencia del viajero, es, en primer lugar, en el ámbito de los procedimientos cognitivos de la obra en su trabajo científico –la mediación de los sentidos, la comparación como método, la medida como relación.

*

Volviendo a las cuestiones a que aludimos en la introducción, cabe preguntarse ahora por el tipo de ciencia y de representación del mundo que comporta un texto de esta clase. Compuesto de idas y venidas, de comparaciones sistemáticas, de series de cifras y de múltiples digresiones, el texto sugiere que el lector puede abordar el relato en cualquier lugar o momento del viaje. De hecho, desde la perspectiva del conocimiento que él quiere elaborar, parece importarle poco a Humboldt que el relato de su viaje comience en el pico del Teide en vez de en el Chimborazo o en Vesubio, dado que lugares son indispensables para la construcción de una ciencia totalizante y comprensiva de la naturaleza. “*He intentado hacer interesantes estas investigaciones, comparando los fenómenos que presenta el volcán de Tenerife con los que se observan en otras regiones. [...] Esta manera de concebir la naturaleza en la universalidad de sus relaciones, sin duda, supone un obstáculo para la rapidez que le corresponde a un itinerario; pero he pensado que en un relato cuyo objetivo principal es el progreso de los conocimientos físicos toda otra consideración debe quedar subordinada a las de la instrucción y de la utilidad*”⁶¹. Aquí reside la eficacia de la escritura elegida

⁵⁹ Véase, por ejemplo, la mención de las medidas llevadas a cabo por Humboldt y Gay-Lussac en la cima del Vesubio en 1805 (*Ibid.*, I, p. 143).

⁶⁰ Para un análisis detallado de la estructura del texto de Humboldt, véase: A.-G. Robineau-Weber, *Le roman de conquête*, I, p. 195-200.

⁶¹ *Relation historique*, I, p. 166.

por Humboldt en la *Relation historique*: permite construir una imagen dinámica de la naturaleza, mientras que las comparaciones, notas y anexos que acompañan la descripción dan al lector una impresión de ubicuidad, de que puede percibir el mundo entero desde la cima del pico del Teide. Pero al mismo tiempo, en eso también, quizás resida su limitación: pues por esa misma ubicuidad, el relato de la ascensión al pico del Teide tiende a disolver la necesidad – si no incluso la posibilidad- de escribir algún otro relato de viaje, a cualquiera que fuese el lugar. Todo sucede como si, en definitiva, todos los viajes partiesen o terminasen en Tenerife; como si la naturaleza entera se encontrase, por comparaciones y diferencias, sobre las laderas volcánicas del pico del Teide.

Desde esta perspectiva, se entiende mejor que Humboldt haya renunciado a terminar el relato de su expedición americana, o que nunca se haya propuesto componer, por ejemplo, una narración detallada de su viaje a Italia. La composición de *Cosmos* sería para él la alternativa: se leería en él una “descripción física” del mundo que contendría la materia de todos los viajes, y asignaría a cada lugar su sitio al lado de todos los otros; se forjaría así una visión comprehensiva de la naturaleza, asociando a la imaginación con la razón, a la sensibilidad con el entendimiento. Evocando una vez más, en las primeras páginas de *Cosmos*, la imagen del pico del Teide, Humboldt puede escribir: “*Describiría la cima del pico del Teide en el momento en que una capa horizontal de nubes, de blancura radiante, separa el cono de cenizas del llano inferior, y que de pronto, por el efecto de una corriente ascendente, desde el borde mismo del cráter, la mirada puede sumergirse en la viñas de La Orotava, los jardines de naranjos y los densos grupos de plataneras del litoral. [...] Todo aquello que los sentidos no captan apenas, lo que los paisajes románticos presentan de más inquietante, puede convertirse en una fuente de placer para el hombre; su imaginación encuentra en ello la posibilidad de ejercer libremente su poder creador.*”⁶² Se unen así en una sola silueta la figura del sabio de las Luces y la del viajero romántico que Humboldt fue durante toda su vida.

⁶² Alexander von Humboldt, *Cosmos. Essai d'une description physique du monde*, Gide et Baudry, París 1855, t. I. pp. 6-7.